

JOTA; UN LARGO DÍA

Pepe Cantalejo

desacertada.com

Jota; un Largo día

© Pepe Cantalejo

ISBN: 978-94-03-62496-9

ISBN ePub: 978-84-09-26373-8

cantalejo@desacertada.com

<https://desacertada.com>

Diseño de portada: Ana Fernández Calero.

Revisión y corrección:

Antonio Luis González Maravert.

JOTA; UN LARGO DÍA

Pepe Cantalejo

desacertada.com

Agradecimientos

A mis padres, pues sin ellos; ni yo ni mis hijos estaríamos aquí.

A mis hijos, porque son el combustible de mi día a día, mis ganas de seguir creciendo como persona y como padre.

A mí "tía" Manuela que es como mi otra madre, porque también forma parte de esa felicidad que me envuelve.

A mi esposa, por su apoyo en cualquier andadura que inicio y por ese amor y fe incondicionales que tiene puestos en mí.

A mi amigo Antonio Luis González Maravert (Tati), gran devorador de libros que, desde el momento en que supo de esta novela, prestó su colaboración, realizó las primeras correcciones a esta narrativa. Y, de hecho, la sinopsis de este libro también fue realizada por él.

Y a ti, estimado/a lector/a por haber comprado y prestarte a leer este libro que con tanto entusiasmo escribí para ti.

Prefacio

Nos hallamos ante una nueva revisión de este «Jota; un largo día».

Por aquel entonces buscaba un comienzo para la que iba a ser mi primera novela policiaca; «Jota, melodía homicida». Sin embargo, aquella mañana, la misma del día en que comienza esta historia, se cruzó el chico de piel oscura.

Primero de julio de 2017, caminaba tambaleante y sí, tuve que esquivarlo para no llevármelo por delante, aunque no hubo nada de brusquedad en el esquivo, la velocidad que llevaba en mi lento pedalear no era gran cosa. Él, poco pudo hacer, no creo que me viese venir y solamente pudo mirar, ni tan siquiera sus pies le sugirieron un cambio.

Aquella misma noche, o la siguiente, no lo recuerdo bien, mientras paseaba con mi esposa por allá, había un trío musical en una de las esquinas de la avenida de la constitución; dos chicos tocaban mientras una chica taconeaba al son que ellos marcaban.

La intriga debía asentarse en varios elementos, el primero, una de mis pasiones, la música. La segunda, mi ciudad natal, y actualmente mi lugar de residencia. Buscaba establecer una relación musical entre tanto espionaje, algo que diera más amplitud a la verdadera

conspiración, «un proyecto energético que podría hacer variar la forma, la manera de utilizar las fuentes de energía, una energía primitiva».

Así fue, la cabra siempre tira al monte, y por ello la novela debería tener cierta carga musical. Y, aunque mis gustos musicales discurren por muchísimos estilos, en esta historia me centré en el flamenco (con su abanico de colores musicales, de los cuales solo tomé prestadas unas pinceladas para enmarcar algunos pasajes de esta novela), muy unido a otras músicas provenientes de ese hermoso continente donde se originó todo; África. De allí vino el *blues* y este flamenco, como hermanos que se separaron por visiones imperialistas y ansias de pisotear al prójimo.

Mi obsesión por esta música se centra más en el fandango de Huelva, las bulerías, y en las sevillanas. A pesar de que son muchos los estilos que engloba el flamenco, he de confesar que, para nada, soy un purista, pues de la mano de grupos como Triana (¡ah!, su fusión con el *rock*), y más recientemente con los trabajos de Raúl Rodríguez (obras impresionantes, mezclas de fusiones de esa música hermana de la que renglones más arriba hablaba). Toda obra, original o modificada, me hace ver con mucha claridad que nada está reñido en ella, quien quiera caminar por la pura senda, pues que siga su camino y quien desee andar por la singularidad de la fusión que sea bienvenido.

Otro pilar de esta novela, la ciudad de Sevilla, abierta al visitante y alegre, con sus horas de siesta de por medio, su historia, y su eterno escenario. No podía faltar su cultura, y de nuevo el flamenco que, al igual que en el resto de esta gran Andalucía, va intrínseco en sus simientes, en la calidez de sus habitantes, en su sol y en sus noches sometidas al embrujo del gran río. Ese fue el primer escenario, por su cercanía a esta Sevilla Eterna en la que comienza la maquinación de un secuestro, también se relatan algunas

pizcas de otras regiones andaluzas, era necesario ampliar el tablado por donde se vive el flamenco.

Por cierto, hablo de la Sevilla eterna, y también se menciona en este libro otras partes de la Sevilla desconocida. He de decir que esto, al igual que mi interés por el respeto y la defensa del idioma en el cual está escrito (castellano), se lo debo ahora, y se lo deberé siempre, a mi amigo (incluso podría decir «mi mentor» en este aspecto de mi vida) y escritor, Gregorio Verdugo González-Serna.

Otro enfoque que buscaba fue establecer un cercano vínculo entre lo real y lo irreal, por eso, la gran mayoría de los detalles que aquí se cuentan, son un fiel reflejo de la realidad sobre ese espacio temporal en el que esta narrativa se sustenta.

Y aunque en este primer libro de la saga que quisiera escribir, este «Jota» no aparece con gran frecuencia, es sobre quién recae el sustantivo «protagonista». Esta manera de establecer al actor principal sin que toda acción recaiga sobre él no sé de dónde la saqué, solamente añadiré que muchas veces las cosas no son lo que parecen, y he aquí una de ellas.

Un punto sensible en este libro fue el establecer algo tan natural como la vida del estudiante, la despreocupación por lo que le es ajeno (aunque aquí, en esta novela, sí se establece una gran responsabilidad en estos jóvenes) y el disfrutar del divertimento; copas y sexo, algo tan natural y esencial como el aire, pues durante gran parte de nuestro tiempo nuestros pensamientos van dirigidos a esos casilleros. Ciertos pasajes, referidos al sexo, pudieran haber sido contados en otro contexto, pues dista mucho de mi manera de ser y de sentir, pero el texto me pedía escribir aquello que veo en la realidad de nuestra sociedad.

Azul

El día que su amante le preguntó por el tatuaje, ella le contó de manera superficial que se le antojó:

—Fue una época muy oscura de mi vida, pero comenzaba a remontar el vuelo. Entré con mi amiga Andrea en su casa, su padre es peluquero, aunque también realiza dibujos. Estaba pintando el golpeador de una guitarra, con flores y mariposas negras, para una telecaster de color rojizo pálido. Y entonces, no recuerdo bien, pero plasmó en un papel una mariposa azul a petición mía, luego fui a tatuármela. Y desde entonces se dirigían a ella por su seudónimo de Azul. Sin embargo, no le contó este detalle a Masao.

Todo surgió a la edad de siete años, cuando el tribunal tutelar de menores retiró la custodia a sus padres biológicos. La triste niña —hija de una prostituta toxicómana y de un chulo con muy mala leche que se dedicaba a dar palizas, durante sus horas de matón de poca monta, a personas con gran debilidad física— fue llevada a un centro tutelado por los servicios sociales. Al poco engordó lo justo para alejarse del frágil aspecto de desnutrida que presentaba. Sí, poco a poco se fue recuperando, aunque hasta pasados unos años no pudo librarse del castigo psicológico al que fue sometida. A los pocos días de cumplir su octavo año de vida se le acercó una mujer:

—Me llamo Julia, y quisiera que te vinieras a vivir con nosotros. Te cuidaremos como si siempre hubieras sido hija nuestra —le dijo a la pequeña pelirroja.

La menor, pese a la reticencia y al odio que tenía contra los hombres —a causa de las torturas y vejaciones que sufrió a manos de su padre biológico— aceptó irse a casa de esta señora porque vio algo en su mirada que la llevó a entender que estaría mejor con ella que en aquel centro para menores con problemas de marginación social. Tiempo más tarde comprendería que lo que brotaba de la mirada de Julia no era más que un profundo amor.

Fausto, su padrastro, siempre mantuvo una actitud serena para con la niña. Quizá nunca supo hacer el papel de padre, tan bien como Julia desempeñó el de madre, pero jamás le hizo un mal reproche, ni una regañina. Sabedor de que la niña tenía cierta animadversión hacia los hombres, debido a un maltrato que jamás podría borrar de su memoria, creyó conveniente no forzar ningún tipo de situación y dejó que Julia se encargara de la educación de la menor.

En aquel momento, la mañana de aquel primero de julio de 2017, miraba en su baúl de los buenos recuerdos, y contemplaba la escena que vivió en su primera visita a la ciudad de Sevilla: Aquella pequeña vestida con un gracioso vestido de tonalidades verdes que, junto a su hermano, daba besos y los echaba a volar —en el cruce de la avenida de la Burbolla con Carlos V— mientras sus padres la observaban. Ahí pensó que esa parte de su infancia le fue robada por sus progenitores. No guardaba ningún recuerdo de felicidad antes de la llegada de Julia a su vida. La joven dejaba escapar aquellos tiernos recuerdos de la que consideraba como su única y verdadera madre; Julia. El amor que volcó hacia ella le hizo ser quién ahora era.

Todas aquellas caricias, los primeros meses que Julia pasó durmiendo en la habitación, junto a la niña, y los cuentos por las noches para que ella pudiera dormir, enraizaron en la niña momentos inolvidables. Se sobresaltaba con la menor cada vez que esta tenía esas pesadillas hasta que alcanzó la edad de trece años, donde comenzaron a remitir, gracias a Fausto. Julia, psicóloga de profesión, inculcó en su hija la fortaleza y la seguridad que cualquier mujer debería tener, pero le faltó recuperar la confianza hacia el hombre, ese obstáculo nunca pudo superarlo.

Postrada sobre la silla de la habitación —y con la poca luz que aquella mañana entraba en la sala donde la pelirroja se encontraba retenida— recordaba con gran dolor la pérdida de su madre tras una enfermedad que la dejó postrada en la cama más de once meses. Una enfermedad agonizante que provocó que Julia se fuese marchitando como la flor que permanece dentro de una urna de cristal. Azul la visitaba a todas horas, antes y después de su vuelta del instituto. Le contaba todo lo que su día le había propuesto para cada momento.

Cuando Julia falleció, sintió volver atrás en el tiempo para quedarse de nuevo sola. Fausto estaba con ella, siempre desde una posición distante porque intuía que la chica no quería más acercamiento. La niña se hizo mayor e independiente, estudió psicología por seguir los pasos de su madre y porque ayudar a los demás era como si venciera, una y otra vez, su propia batalla. Asistía a clases de defensa personal policial, practicaba natación y empleaba una hora diaria en correr a trote por el parque del retiro. Ya era toda una mujer, fuerte, guapa, con un cuerpo hermoso, y muy inteligente, pero también desconfiada, pues seguía manteniendo las distancias con los hombres.

Por su cabeza no dejaban de corretear las incongruencias a la que sería sometida. Sabía quién iría a

terminar con su vida; Fausto. Y mientras, recordaba el día en que le ayudó a superar las pesadillas. En aquella ocasión el cirujano no se lo pensó dos veces y decidió actuar.



No entendía, cómo ahora, aquella misma persona que tanto la protegió la tenía presa y maniatada. Sabía que su futuro era muy oscuro, y que su traición le costaría muy caro. Trajo a su memoria la escena del día en que terminó sus estudios de psicología y de cómo hizo prácticas en la misma clínica en la que trabajaba su padre. Comprobó de primera mano la profesionalidad, la seriedad y la serenidad con la que Fausto trabajaba. La novata psicóloga comenzó a seguir esos mismos pasos de profesionalidad y hasta le llegaron a ofrecer trabajo en otras clínicas y gabinetes que se dedicaban a eliminar fobias y filias. La idea de ayudar a los demás para superar sus miedos le parecía muy buena, pero cada vez que acudía a las entrevistas siempre era recibida por algún hombre y no le gustaba cómo la miraban. Al final, después de las prácticas, y gracias a su padre, Carmen se quedó a trabajar en la misma donde lo hacía el cirujano. Y fue gracias a este como terminó también en la organización criminal.

—La tapadera es la clínica, hija —le dijo, contradiciendo a la despistada chica.

Meses atrás lo observaba y escuchaba sus tejemanejes hasta que, sin venir a darse cuenta de ello, se encontró con un pie dentro de tal empresa. Pensó que, al lado de aquel hombre tan poco afectivo, la vida le sería mejor y, tal vez, su condición de víctima infantil la había convertido en una persona con la suficiente capacidad para castigar a

aquellos que hacen sufrir a los demás de forma gratuita, sin pensar que ella ya formaba parte de ese tipo de maquinaria.

Su cometido en la organización consistía en recabar información sobre la presa; vida social, familia, aficiones y fobias, trabajo, y manera de ser. Todo ello le servía para establecer un perfil de la persona a investigar. Con esos datos se establecía un patrón de comportamiento para mayor seguimiento y adelantarse a sus movimientos.

Su viaje a Sevilla fue el primer trabajo que tuvo fuera de Madrid, también fue el primer extranjero al que tuvo que acercarse. Aquello le pareció una magnífica idea para, a través de alguien, conocer otras culturas.

Las primeras semanas, y a expensas de saber el paradero del japonés, alquiló una habitación en Las Casas de la Judería. Aquel hotel la deslumbró.

—Parece que estás en otro tiempo —le decía a su padrastro.

Desde los patios de las casas, con sus tranquilos jardines con árboles, se sentaba a leer libros de historia grecorromana y escuchar la música que salía de sus auriculares¹. Nada perturbaba su ambiente, ni siquiera se oía el tránsito de vehículos que a diario transcurren por Santa María la Blanca.

Durante aquel primer año utilizó mucho el servicio público de autobuses de la ciudad. Se iba a pie hasta la plaza de la Magdalena y cogía el bus de línea 43. Le encantaba esa línea, se decía a sí misma que, de aquella

¹ Flamenco — Adam Ben Ezra.

gente de Triana, se podría elaborar un estudio antropológico. La gente de aquel barrio sobrepasó todas sus expectativas en cuanto al aspecto social.

«De forma generalizada, son personas que pasan a pies juntillas de todo aquello que las ata a la seriedad, creando una realidad alternativa acorde a sus necesidades. Son, pues, pasotas por naturaleza y a la vez abiertas con el visitante, alegres en el trato y capaces de aguantar cualquier situación de bullicio. Una cerveza con tapa es el justo aliciente para estar horas de cháchara», recalca la psicóloga en su diario.

Una de las situaciones que más gracia le hizo ocurrió un domingo a las diez de la mañana. Fue a entrar en el autobús número 206, que prestaba servicio en aquella línea 43, con segunda cabecera en la barriada de El Carmen, cuando se encontró a dos mayores discutiendo por un mismo asiento.

—Y eso que está todo el autobús vacío —le decía el chófer.

El primero de ellos estaba ya acomodado en un par de asientos, pues a su izquierda colocó una gran mochila. El segundo y último viajero en entrar, hasta ese momento, le pidió al anterior que quitase la mochila que iba a sentarse allí mismo, y estalló la trifulca.

Durante varias semanas, y en horario matinal, la mujer salía y se subía en el oportuno autobús de aquella línea. Le encantaban aquellos atascos que se producían en el centro y se reía al ver que eran los pensionistas quienes se quejaban de lo tarde que irían a llegar a ninguna parte.

El puente de “El Cachorro” —con sus peatonales aceras cargadas de sus grandes toldos que libran al viandante de

la climatología propia de la ciudad— le indicaba el cambio a lo que muchas de las personas le contaban; pasar de Sevilla a “la república independiente de Triana”.

También los había quienes hablaban de dos ciudades, dos hermanas separadas por un mismo río. La torre diseñada por el arquitecto que daba nombre a la misma, aún sin terminar, suponía un nuevo estandarte para la ciudad, pues se veía desde cualquier punto de acceso a esta.

Cuando llegaba a Ronda de Triana se apeaba del bus y desayunaba en la tienda especializada en pasteles del onubense pueblo de Moguer, y se acercaba a la iglesia del Cristo de la Expiración para contemplar a las personas que allí, día tras día, rezaban y pedían por la salud de los suyos. Por último, volvía a coger el mismo autobús que proseguía su viaje por la Ronda de los Tejares.

El diseño de la línea parecía una madeja a desligar. Su transitar continuaba por la avenida de la Coruña y la de Coria hasta llegar a la plaza de San Martín de Porres, plaza en la que la línea hacía el cruce del ocho; pues regresaba para pasar por ese punto a la vuelta, después de visitar la barriada del Carmen y el Tardón con sus tres arcángeles. Sin embargo, el punto que más le gustaba del trayecto dibujado por la 43 era el paso por la calle Castilla, contemplaba el palacio de San Jorge y la gitana del altozano. Meses más tarde arrastraría hasta allí a su amante para mostrarle a esa mujer con guitarra en mano y para degustar los pasteles del obrador alemán que Juan Carlos servía en el café que tiene dentro del mercado.

Alguna que otra tarde, cuando más adelante se matriculó en la escuela de bellas artes y se trasladó al piso de la Plaza de la Concordia, contiguo al del japonés, comenzó a realizar cortas excursiones en bicicleta con la

intención de observar los movimientos que el estudiante de música hacía desde la residencia hasta el conservatorio.

Ocultándose, bajo un tinte en rubio, pedaleaba detrás del muchacho sin separarse de él, al mismo son, hasta que a la altura del conservatorio ella seguía la recta dibujada por la línea 3 del servicio público de autobuses para seguir en dirección hacia la Bachillera y llegar hasta el lugar de la ciudad de más tranquilidad y belleza; la cara norte del parque del Alamillo, que asomaba por el humilde barrio de San Jerónimo. Lugar que escogió como residencia perpetua.

Llegaba al parque, anclaba su bicicleta a las vallas y daba un largo paseo en compañía de sus sueños y aspiraciones.



Fausto entró en la sala, miró a su hija, cogió una silla y se sentó frente a ella apoyándose con el respaldo de aquella hacia delante. Retiró la mordaza de la mujer, y con un suave pañuelo le limpió el rostro. Luego la besó en la mejilla.

—Sabes que lo que has hecho se llama traición, ¿no? —
Le dijo con esa serenidad que siempre poseyó.

—Todo depende desde el prisma con que se mire. Mi trabajo para con la organización lo hice, y con creces —Azul respondió. Al momento se oyó una voz:

—Fausto, el maestro te requiere.

—¡Enseguida voy! Ya mismo vuelvo para seguir esta charla, preciosa. Te he quitado la mordaza, no hagas nada que sugiera el tener que volver a colocártela.

El hombre salió de la sala. Carmen quedó en silencio a solas con sus recuerdos.



De nuevo echó la vista atrás: Recordó la primera vez que pisó la residencia de estudiantes donde estaba el chico.

Aquel día, teñida de un negro intenso y con polvos para tapar las pocas pecas que le quedaban de su infancia, iba con un elegante y veraniego vestido azul que dejaba figurar esas perfectas curvas que poseía, y que a más de uno y una dejó babeando. En los ojos de los chicos podían verse ardientes deseos sexuales. Se subió en el autobús de línea 3 a la espera de que entrase el reconocible chico de color que portaba un contrabajo. Se bajó en la misma parada que el muchacho y, a corta distancia, se fue tras sus pasos.

En varias ocasiones el francés giró la cabeza fingiendo buscar a otra persona, pero con la intención de fijarse en la despampanante mujer que le seguía. Y al llegar a la escuela ya estaba el japonés esperando al francés, y tampoco podía apartar la vista de la fantástica chica que les pasaba de largo.

Hubo más ocasiones en las que fue a coincidir con Masao sin que este tuviera la mínima sospecha, hasta que un fin de semana coincidieron en un bar del centro,

quedaba poco más de un mes para que el curso académico terminase.

La chica se mantuvo alejada de los juegos de los estudiantes. Los vigiló hasta que ambos salieron con dos chicas dirección a la plaza de la Concordia.

«No es más que otro tipo que mira a la mujer como si de un objeto de placer se tratase», acertó a decir al verlos salir.

Fue más tarde, cuando después de alquilar el piso contiguo al de Masao, tuvo un mayor acercamiento con él y pudo recabar toda la información que necesitaban sobre el estudiante, amén de controlar las visitas y las despedidas de aquellas chicas que pasarían por el piso.

Auxiliada por uno de los observadores de la organización; Matías, supo alejarse de la vista de las personas más cercanas al nipón. En primer lugar; Quinet. Y después, algo más tarde; la bailaora, Macarena Moreno.

Semanas más tardes, una noche, decidió abrir su balcón mientras fumaba un cigarrillo que, minutos antes, había liado con mucho esmero. La música melancólica que salía de la guitarra de Masao la hizo asomarse a la terraza. El humo que se colaba hacia el salón donde estaba el guitarrista provocó que aquel se fuera también hasta la ventana.

—Disculpa si te ha molestado el humo del cigarrillo, no era mi intención. Quise salir para oír esa triste melodía que estabas tocando.

—No tienes que disculparte. No sabía que este piso estaba habitado, de haber sido así no hubiera tocado a estas horas de la noche. No fue mi intención alterar tu tranquilidad.

—Tranquilo, hombre. No pasa nada, la música me relaja. Soy Carmen y desde hace un par de días soy tu nueva vecina.

—Masao Inoue. Encantado de conocerte.

La pelirroja se despidió aquella noche con una simple oración:

—Ya nos veremos por aquí.

Lo que más le llamó la atención fue que el japonés, a pesar de que ella vestía con un camisón con encajes de seda azul —con gran escote que dejaba al descubierto su sensualidad—, centrarse su mirada en sus ojos.

Desde aquel momento comenzaron a conversar cada noche.

Le mintió, al igual que a todos sus vecinos, cuando contó que estaba casada con un militar que siempre se hallaba en el extranjero, con destino en misiones humanitarias y que, salvo el mes de vacaciones, pocas veces regresaba a España. No quería que ningún hombre se le acercase y, aunque más tarde creyó que pudo haber cometido un error, advirtió que la mentira le proporcionaba una estupenda tapadera para que el guitarrista no le hablara de ella a nadie de su entorno, y para cuando más adelante fuera a verla que lo hiciera con gran precaución.

Añadió en posteriores conversaciones con el guitarrista que trabajaba en una clínica y que había venido a Sevilla para estudiar su pasión, bellas artes.



Aquella mañana, incómoda, sentada y maniatada a la silla que la tenía rea, buscó una razón convincente que ofrecer a ese hombre que, desde los siete años, cumplió con el papel de padre. Aquel mismo que, tiempo atrás, eliminó de sus horas de descanso las terribles pesadillas que sufría.

Una y otra vez se preguntaba cómo podría explicarle que nunca quiso traicionarle, y que tampoco quería traicionar a Masao.

Rebuscó en los vagos recuerdos de su infancia, en los de su adolescencia, en sus años de universitaria y en estos últimos años. No vio un pretérito más perfecto que el vivido con el japonés.

Pocos meses atrás entendió los sentimientos que tenía por Masao; puro amor. Jamás tuvo una sensación tan maravillosa. Su bienestar se incrementaría a su regreso de las vacaciones, cuando le dijo que todo cambiaría para ambos, auguraba una vida en común con él.

Estaba dispuesta a abandonar la organización. Ya había iniciado conversaciones con varios gabinetes de psicología para buscar una alternativa a la clínica y desvincularse de todo aquello que le ataba a su pasado. Pero la brusca realidad se entrometió, y la organización decidió que ya era hora de acometer el rapto, y Carmen fue trasladada de nuevo a Madrid; aquellas supuestas vacaciones de las que le habló a Masao. Y después del secuestro, no regresaría a Sevilla, no a corto ni a medio plazo. Ahí comenzó a tomar conciencia de los problemas a los que podría enfrentarse el estudiante. No podía quedarse quieta sin tomar cartas en el asunto.

Fausto volvió a entrar en la sala. Permaneció en silencio observando a su hija. Una mirada despectiva como muestra de rechazo hacia su traición, como si de una despedida se tratase. Entre dos tierras se encontraba

cuando decidió dar aquel paso. Por un lado, el señor que siempre la había protegido. Por otro, el único amor que había conocido.

En cierto modo, terminó traicionando a ambos, a Masao mucho antes del plan de secuestro, al padre durante el proceso de investigación y después del mismo. Mentiras que forman parte de las caras de una misma moneda donde por una se reflejaba la verdad y por otra la farsa de esta historia.

Al japonés no solo le mintió con el cuento de que estaba casada, tampoco pretendía entablar la relación que le unió a este. Después no tuvo más remedio que fingir una relación más cercana para sonsacarle la información que necesitaba. Y luego llegó el verdadero amor trastocándolo todo. Y, a pesar de haber facilitado a sus superiores todos los datos que recabó sobre Masao, retuvo siempre la idea de que él le perdonaría ese gran desliz. Al padre le dio a probar de la misma medicina que a su amante. Le ocultó que se enamoró. Sin embargo, no sabía si el médico dejaría pasar por alto aquella afrenta. Dejó de esquivar las miradas de Fausto, no quedaba más que apechar con las consecuencias. Ambos eran conscientes de que tal situación debería quedar zanjada en aquel tris. El rostro y sufrimiento de Carmen, mostraba una pigmentación lívida. La tristeza inundaba sus ojos.

Volvió a revivir la escena: la primera vez que se entregó por completo a Masao tuvo que hacer un enorme esfuerzo; el de rechazar los recuerdos de su infancia —aquellos en las que su progenitor la violaba cada vez que llegaba borracho mientras su madre biológica yacía, de un modo apacible y recostada, después de haberse metido un chute de caballo. Después de aquella, poco a poco, comprendió que el sexo era la parte activa de la pasión que forma parte del amor. Jamás contó las vejaciones a las que fue sometida de pequeña y cómo, a estas alturas de la vida, ya habían

desaparecido casi de su mente —gracias a aquellos ojos disecados que conservaba en la misma caja con dibujos de mariposas, que años atrás Fausto le regaló.

Ya, en el presente, miró a Fausto.

Minutos antes, el cirujano pidió a todos que salieran de la sala, quedándose a solas con su hija; lo único que le mantenía vivo. El único ser que le traía el recuerdo de Julia, aquella a la que le juró en su lecho de muerte que siempre protegería a la pelirroja. Su gesto, el del verdugo que fue invitado para ofrecer la justicia que la banda solicitaba, no denotaba ningún tipo de sentimiento, ni amor, ni odio, ni pasión. No hubo ni juez ni defensa, solo padre e hija. Este no recriminó a su hija. Le dio un beso en la frente. Le dijo que todo sería rápido y le introdujo por vena la sustancia que, en poquitos segundos y sin dolor, acabaría con la vida de su hija.

Atrás quedaban unas horas de angustias para todos; Masao y Quinet seguían bajo el sometimiento de la criminal organización.

El círculo se cerraría horas más tardes, cuando Jota, el subinspector, daba el «alto, Policía».

El relato del porqué

—Alto, policía... —Gritó Jota.

Horas más tardes, el subinspector acudió a ver al malherido muchacho.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.



En junio de 2017, y tras la culminación del tercer año académico, los muchachos se propusieron realizar la ruta minera del flamenco. En esta ocasión se llevaron a Macarena, cuyos gastos fueron sufragados por sus dos amigos. Visitaron la provincia de Jaén para aprender acerca de los fandangos de la Puerta Segura, las jotas de Siles, los cantes de Albánchez y de El Ojuelo, los cantes de taranta, y el flamenco de las Minas. Conocieron a artistas Como Rafael Romero “El Gallina”. Aprendieron a propósito de los cantes por soleá de José Yllanda. Se entrevistaron con Gabriel Moreno, con quien aprendieron mucho más acerca de las tarantas. A Macarena le agradó descubrir a semejante artista con su mismo apellido.

—Señor, somos tocayos de apellido —le dijo de forma jocosa al cantaor, y este rio a grandes carcajadas.

La ruta efectuaba muchas paradas por las ventas de carreteras que se postulaban con cierto aire artístico, incluso ofrecían varios detalles preliminares del nacimiento de “los cantes de *madrugá* murcianos” que llegaron hasta la provincia jienense y dieron paso a las tarantas.

En aquellas ventas de carreteras proliferaban historias que se produjeron a mitad del siglo XIX. Se hablaba de los muchos artistas que llegaban con la idea de abrirse camino dentro de este arte. Tabernas que dieron paso a las peñas o tablaos que aún perduran.

Tuvieron detalles superfluos de cantaores que bebieron de aquellas fuentes: Basilio de Linares, el Bizco, el Calaco, el Pescaero, el Vagonero, el Sordo, el Personita, el Arriero o el Cabrerillo fueron algunos de aquellos.

Descubrieron que, aunque la cuna del fandango siempre será Huelva, la provincia de Almería también tiene gran connotación histórica al respecto: Adra, Níjar, Balerma, Laujar, Serón, Vera; todas estas localidades aportaron, y lo siguen haciendo, su granito de arena al cante jondo. Supieron de la freiduría de pescado que el malagueño Juan Brea tuvo en la calle Real. Por ella pasaron artistas de la época, como Francisco Giménez Belmonte, apodado con el sobrenombre de “el Ciego de la Playa”; cantaor, tocaor y trovero flamenco, pionero en los cantes de levante, o Pepe el Marmolista.

El viaje se prolongó durante todo el caluroso mes de junio. Aprendieron mucho sobre la taranta y sus artistas, aunque poco pudieron oír de aquellos grandísimos cantaores, ya desaparecidos, que, en la mayoría de los casos, cayeron en el saco del olvido.

En su caminar llegaron hasta el paraje de Torregarcía, lugar muy citado en las letras de aquellas viejas tarantas.

Allí les hablaron de otro precursor de los cantes almerienses: Juan el Cabogatero. Visitaron la población de Aguadulce y su Paseo de los Castaños, el cual sirvió de inspiración a Tomatito. Finalmente, acabaron por visitar Paterna del Río donde supieron del cante por peteneras.

Regresarían a Sevilla aquel lunes, 26 de junio. Elisa partía para Punta Umbría y su novio; el estudiante francés, quería despedirse de ella y de su familia. Quinet pensaba viajar a Francia después de julio y no se verían hasta mediados de septiembre. Masao no pudo despedirse de su amante, días antes contactó con él para decirle que su mes de vacaciones lo pasaría con su familia y con su esposo. Hasta su regreso no podría llamarle ni escribirle. Nada, ni un triste saludo.

Estos días servirían al japonés para ponerse al día con los asuntos empresariales que necesitaban su atención.

Durante la mañana del día 30 de junio el trío quedó en verse. Querían llevarse de nuevo a la bailaora para Córdoba y Cádiz. Ambos estudiantes lo tenían todo programado.

—En julio tiraremos para Córdoba, de nuevo al festival de la guitarra —a Macarena le impresionó los grandes paseos de aquella hermosa ciudad que, a vista de pájaro, vio desde la aplicación *Google Earth*. Se quejaba de los desérticos y calurosos paseos por los que pasean en su Sevilla natal que, además de estar alejados del centro, estaban mal cuidados, de albero o tierra, frente a la abundancia de arboleda de los amplios y frescos paseos cordobeses.

—Y encima, el único gran paseo peatonal que tiene Sevilla transcurre a orillas de la catedral por donde pasa el tranvía. Y para colmo de males, entre el carril bici y los veladores de los bares, no queda espacio para nada. Y con el sofocante e insoportable calor veraniego, imposible de aguantar —así se quejaba la bailaora.

Tras la misma vista de pájaro, le asombró la cantidad de arcos y coloridos del interior de la mezquita. Se llenó la boca con grandes carcajadas al decir cómo iría a comerse esos grandes trozos de tortilla de Casa Santos que tan famosa es en Córdoba.

—Tampoco me iré de Córdoba sin probar los típicos caracoles de la ciudad —dijo con gran entusiasmo.

Asistirían al concierto-homenaje a Paco de Lucía, por la mano de Cañizares y la orquesta de Córdoba. Buscarían poder sentarse en la tercera fila del Gran Teatro para ver el taconeo de Rafaela Carrasco en su «Nacida Sombra», Quinet se vería reflejado en el contrabajo que acompañaría en el concierto de Dahfer Youssef, al siguiente día del concierto de la bailaora. Al próximo día, otro gran concierto, ahora eran los dos estudiantes quienes soñaban estar bajo la piel del guitarrista y contrabajista del espectáculo ofrecido por Lee Ritenour & Dave Grusin.

—Estaré en primera fila para ver cómo esa preciosa mujer da rienda suelta a sus pasiones con una eléctrica seis cuerdas. ¡Qué me gustaría ser esa guitarra para que ella me acariciase! —Aseguraba con ojos llenos de pasión y lujuria la joven bailaora que ansiaba que llegase aquel quinto día de julio.

El *ballet* de flamenco de Andalucía, y el recital de *el Niño de Pura* serían las dos siguientes ineludibles citas, dentro de la programación del trío, a la que le seguiría la jornada en la que Tomatito tocaría junto a Michel Camilo. El último concierto que verían ese año tenía por nombre: «Manhattan de la Frontera²» que ofrecería José Antonio Rodríguez, a la voz de Macarena de la Torre; un espectáculo que encantaría al trío.

² Conexión Manhattan — Manhattan de la Frontera.

Siguieron conversando sobre la intención de volver a visitar el festival de la isla en este 2017, pero aún quedaban unos días. Macarena quería llegar a casa y contarle a su madre sobre su nuevo y reciente viaje.

Los espectáculos en la isla comenzarían el 21 de ese nuevo mes de julio y, por tanto, le daba unos días de respiro para volver a Sevilla antes de visitar tierras gaditanas. Por supuesto que Macarena siguió montada en ese carro de viajes por el flamenco que tanto gustaba al dúo de estudiantes.

Por la tarde noche, de aquel primero de julio de este 2017, decidieron salir a la calle a tocar un rato y conseguir un puñado de monedas para pagarse unas cervezas. Y ahí terminó ese nuevo viaje que habían programado aquella misma mañana y que jamás llegaría a producirse.



—Vale. Las campanadas no habían hecho más que sonar; ya eran las doce de la noche. Llevábamos un rato tocando en la avenida de la Constitución. Normalmente, no estábamos hasta tan entrada la noche, pero aquella tarde nos habíamos citado para hablar de un viaje. Estuvimos tomando cervezas y luego, cuando ya habíamos decidido irnos, apareció un grupo, que partía desde la alameda e iba hacia la Puerta de Jerez. Nos mezclamos con ellos, en ese bullicio de personas, y hasta allí nos fuimos.

—¿Os acompañaron?

—¡Sí! Iban arrasando con todo lo que había a su paso, con buenas maneras. Este fin de semana se celebraba en Madrid el día internacional del llamado orgullo gay. Seguro

que no todos los que quisieron asistir a tal evento pudieron hacerlo, así que no nos pareció mal que algunos quisieran celebrarlo aquí, y de aquella manera; llamando la atención, pero sin hacer daño, como cualquier otra fiesta.

»El fin de semana se presentó fresco en esta calurosa Sevilla y, entre los que se habrán ido a costa en busca de sol, arena y agua salada, y los que tiraron para Madrid, pocos más quedarían para tales celebraciones, y eso que todavía hay mucho encerrado en su armario. Les hubiera sido más fácil salir desde la plaza del duque hasta el paseo Colón, por la calle O'Donnell hacia la plaza de la Magdalena, y seguir por San Pablo y Reyes Católicos hasta la esquina del Paseo de Colón, donde comienzan esos bares de copas.

»Estuve leyendo algunas de aquellas leyendas que, en defensa de la libertad sexual, expusieron en aquellos enormes marcos acristalados que hay por la avenida de la Constitución, y me llamó mucho la atención una de Lorca. Ese hombre tenía un pensamiento bastante abierto para su época. Lástima que lo matasen durante la maldita guerra civil, seguro que hubiera aportado mucho más a este presente que nos ha tocado vivir.

—¡Quinet! Te enrollas mucho.

—Disculpa, es algo muy particular en mí. Siempre me estoy comiendo el talento, le doy muchas vueltas a las cosas.

—Bueno, no tienes que disculparte por eso. En ciertas ocasiones me sucede lo mismo. Pero continúa, por favor.

¡Vale! Prosigo. Como te contaba, nos fuimos con ese grupo hasta la avenida de la constitución. Ellos se fueron para la zona de los bares de copas del Paseo de Colón, y nosotros, en aquella esquina de la avenida, donde siempre solíamos ponernos, nos quedamos tocando. Y como llegamos más tarde que de costumbre, la noche estaba

fresca, y aún había mucha gente paseando, pues seguimos un rato más.

»Nos encanta tocar y lo hacemos sin que ello suponga perjuicio ni esfuerzo alguno, y si además nos puede reportar un poco de dinero, pues mejor. La bailaora estaba cansada y hacía ya más de media hora que se había negado a dar un taconazo más. Así que nos pusimos a interpretar una *granaína*³.

—Disculpa, ¿la bailaora?

—Sí, Macarena. Al rato ya estaba harta y cansada mientras que Masao y yo seguíamos tocando.

—¿Un trío tocando flamenco en la Constitución?

—¡Exacto!

—¿Flamenco con un contrabajo?

—Claro, el flamenco es música, y la música es eso; música. El flamenco puede tocarse con cualquier tipo de instrumento. Algunos, como Simón Fernández, tocan con una flauta, y hay quien lo hace con un violonchelo, como José Luis López Fernández.

—Ya, bien, la música es música. ¡Claro! Solo que siempre he tenido más en mente otro instrumento de percusión como el cajón rítmico.

—Bueno, es otra forma distinta de hacer flamenco.

—Lo sé, recuerdo cuando el año pasado en Radio 3, en el programa de flamencos y pelícanos, hablaron de popularizar más el flamenco, hacerlo más fácil para que todo el mundo pudiera bailararlo sin ningún problema. Pero bueno, nos estamos desviando.

—También yo escucho ese programa de radio. En fin, sí, es lo que hacemos en el trío. Así el ajeno a esta música no

³ Tía María Habichuela (*granaína*) — Josemi Carmona y Javier Molina.